

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 24 DE OCTUBRE DE 1909

NÚMERO 95



LA FORTUNA

CONCLUSION

Con hojas frescas y al abrigo de una roca en cuya base la Naturaleza había tallado una como á modo de gruta, improvisó un lecho; con agua del arroyuelo lavó cuidadosamente las heridas; machacó, entre dos piedras, ciertas raíces cuya virtud conocía y, después de

Ayuntamiento de Madrid

aplicarlas con tiras arrancadas de sus propios harapos, se sentó junto al herido.

El efecto del medicamento no se hizo esperar; aquel hombre volvió á abrir los ojos, pero esta vez sin espanto.

—Ya no sufro—murmuró.—Dios te lo recompense. Ya no siento aquellos terribles dolores que me hacían enloquecer, pero me siento morir. Voy á confesarme como en la presencia de Dios; escúchame, lo quiero, y la voluntad del que muere es sagrada.

Su historia era la de muchos: especulando con la miseria ajena, acumulando sin conciencia riquezas sacadas de la escasez y pobreza de los demás, llegó á ser poderoso, mientras muchos, que fueron la base de su bienestar, perecían de hambre. Vino la guerra y con ella el saqueo, el pillaje y el incendio; quiso huir y, al verse envuelto en llamas, perdió el conocimiento.

Calló el herido y siguió un largo silencio; observando su quietud quiso el mendigo incorporarle, pero ya era inútil; aquel desdichado había dejado de existir.

Valiéndose de ramas, de puntiagudas piedras, hasta con las mismas manos, cavó en el suelo arenoso de la gruta una fosa, colocó en ella el cuerpo y le cubrió con tierra y hojarasca después de consagrarle una oración.

Sería aproximadamente la media noche. El cielo, por completo despejado, mostraba los diamantinos tachones de sus estrellas; en medio, la luna con su pálida luz alumbraba el bosque, fingiendo, al recortar en el suelo las sombras de la espesura, caprichosos encajes de plata.

El sueño empezaba á apoderarse del mendigo cuando sintió un inmenso clamor que le llevó el viento amortiguado por la distancia.

Se puso en pie y se disponía á salir cuando apenas si tuvo tiempo de retroceder; por la angosta abertura penetró como un rayo una figura rodeada de un nimbo luminoso; su desnudo pie apenas se apoyaba en una rueda, que al batir de dos aías fijas en su centro la hacían rodar vertiginosamente.

—Ocúltame—le dijo,—he conseguido burlarles, pero me persiguen.

—¿Quién eres?—preguntó el mendigo.

—¿No me conoces? La Fortuna. Huyo de los que me acosan porque no son dignos de mis favores. Si muchas veces prodigo mis dones á quien no lo mercede, es porque con malas artes interrumpen mi marcha; no soy tan injusta como me suponen, y más me encuentra quien cumpliendo su deber no me ambiciona que los que con avaricia me persiguen; pero se acercan, no hay tiempo que perder.

En efecto, un rumor como de ola gigante se acercaba; el mendigo aglomeró cuanto se halló la mano, cubriendo con troncos y maleza la entrada de la gruta, que quedó perfectamente disimulada.

Una verdadera avalancha invadió el bosque, le cruzó como loca jauría sin detenerse, y siguió adelante dando alaridos que fueron alejándose.

Cuando el mendigo juzgó que no había peligro, deslizo el obstáculo, y quedó atónito al contemplar el suelo alumbrado por la luna.

El cuerno mágico no había cesado de arrojar durante todo el tiempo riquezas que apenas ya la gruta podía contener; quiso hablar, pero la Fortuna, viéndose libre, voló sobre su rueda desapareciendo en la espesura como una estrella fugaz.

Sobre la arruinada ciudad se alza una espléndida y lujosa; todo en ella es paz y abundancia. Allí no hay ambiciones, porque no hay hambrientos; no hay envidia, porque todos se aman. Un hombre solo realizó el milagro: el mendigo de ayer, que al verse poderoso, comprendió por qué la Fortuna huye de los que la persiguen, y apagando rencores, estimulando el trabajo, protegiendo al débil y derramando por igual bien y consuelo, hizo cumplir aquel sublime precepto que ordenó á los humanos amarse los unos á los otros.

FRANCISCO BARRAYCOA



Ayuntamiento de Madrid



EL SECRETO

DIALOGO INFANTIL

La SEÑA MARIBLANCA. El tío TARARIRA

Una calle de un pueblo. A los lados de la escena las casas respectivas de Tararira y Mariblanca
El tío TARARIRA, con una hacha de partir leña sale de su casa al mismo tiempo que sale de l
 suya la **SEÑA MARIBLANCA** con un cántaro.

- M. ;Hola, tío Tararira!
 T. ;Hola, seña Mariblanca!
 M. Poco se madruga.
 T. Poco.
 Es verdad. Y por las trazas, tampoco madrugas mucho.
 M. Se me han pegado las sábanas, como se suele decir.
 T. Qué casualidad tan rara; siempre salimos á un tiempo, los dos, al romper el alba, cada uno á su faena, y un día que se retrasa uno, se retrasa el otro.
 M. ;Ja, ja! Sí que tiene gracia.
 T. Pues no es que he dormido mucho, vecina.
 M. ;Cosa mas rara!
 Pues yo tampoco he dormido, vecino.
 T. Desde las ánimas hasta hace bien poco estuve dando vueltas en la cama.
 M. Pues haz cuenta que lo mismo ha sucedido en mi casa.
 T. ¿Será algún mal ó epidemia, como dicen, de esos que andan?
 M. Por mi parte no lo creo, que me encuentro buena y sana.
 T. Pues por la mía tampoco, porque no me duele nada.
 M. Lo que á mi me ha sucedido es lo que siempre me pasa cuando quiero alguna cosa, consultarla con la almohada
 T. ;Otra! ; Señor, si parece cosa así como de magia!
 Si es lo que yo estuve haciendo.
 M. ¿También tú tenías ganas de cavilar? Sí que es raro que dos personas sensatas como nosotros, que tienen con qué vivir, á Dios gracias, porque no es que á uno le sobre, pero tampoco le falta, andemos tan cavilosos.
 T. ;Ya, ya!
 M. ;Si fuera muy larga la familia y no alcanzasen las fuerzas á alimentarla!
 ;Pero ya ves, los dos viudos con un hijo y santas Pascuas!
 T. Llevas razón. Tú solita con tu Juan, yo con mi Juana...
 M. (Aparte.)
 ;Qué zorro, no me pregunta!
 T. (Aparte.)
 No pregunta, ;qué lagarta!

- M. ¡Pero las cavilaciones...
la verdad, nunca nos faltan!
- T. ¿Qué han de faltar?
- M. Y no siempre
han de ser por cosas malas.
- T. También son por cosas buenas...
(*Aparte.*)
Pues señor, si no mirara
que he prometido el secreto.
- M. (*Aparte.*)
Pues señor, sin la palabra
que dí de callar...
- T. El caso
es que no sé si mi Juana
podrá ó no podrá casarse
con tu chico.
- M. ¿Pues qué pasa?
- T. Pues como el otro que dice,
pasar... no ha pasado nada;
pero á lo mejor las cosas
dan vueltas, y ¡claro! cambian..
- M. Y que lo digas. Por eso
también como tú pensaba
en si mi Juan se podrá
casar ó no con tu Juana.
- T. ¿Ocurre algo?
- M. Mayormente
ocurrir, no ocurre nada;
pero á lo mejor las cosas
dan vueltas, y ¡claro! cambian...
- T. Por estar en todos acordes
lo estamos en las palabras.
- M. ¿De manera que comprendes
que la boda se deshaga?
- T. Como que todo en el mundo
es... ¡según las circunstancias!
- M. Claro, al cambiar de fortuna.
- T. Pues claro, todo se cambia.
- M. Pues me alegro que lo tomes
así...
- T. Pues otra faltaba.
¡Siendo por la conveniencia
de mi chica!
- M. ¿Hablas en chanza?
La conveniencia es del chico.
- T. ¿Cuala?
- M. Eso digo yo: ¿Cuala
es la de tu chica? ¿Acaso
esperas poder casarla
con otro mozo más rico
que mi Juan?
- T. Eso pensaba
preguntarte. ¿Te figuras
que va á hallar una muchacha
tu chico con más fortuna?
- M. Si la suya se aumentara...
pues... le correspondería.
- T. Eso le pasa á mi Juana...
que si su fortuna aumenta...
podrá aspirar...
- M. Vaya, vaya.
¡Te veo!
- T. ¿Me ves?
- M. Te veo,
sí; tú has oído campanas...
- T. ¿Yo?
- M. Tú. Y me buscas la lengua.
- T. Yo no...
- M. Y como soy muy franca
y no sé mentir y... pero
no puedo contarte nada
como tú no me prometas
callar.
- T. Te doy mi palabra
de callar.
- M. Pues en secreto
diré lo que ocurre.
- T. Habla.
- M. Pues... aquí donde me ves
con estas humildes sayas,
en esta casita pobre,
sin una mala criada
que me ahorre la fatiga
de ir á la fuente por agua,
puede que no tarde mucho
en tener una gran casa
y vestir trajes de seda
y poder mandar á varias
mujeres á mi servicio.
- T. (*Con sorna.*)
¿De veras, eh?
- M. Qué. ¿Te extraña?
¿verdad?
- T. Pues como extrañarme
no, porque cosas más raras
se han visto. Lo que no acierto
á comprender es la causa.
- M. Esa no puedo decírtela
todavía; pero basta
con lo dicho para el caso,
porque si la Mariblanca
es rica, como te digo
su Juan lo será mañana.
- T. Comprendido. Y mi Juanilla
será ya poco. ¡Ay qué gracia!
- M. Gracia ¿por qué?
- T. Pues por eso.
Porque ya veo que tratas
de picarme el amor propio
para que hable yo. No es mala
la habilidad, pero el hombre
cuando ha dado una palabra...
- M. No te entiendo.

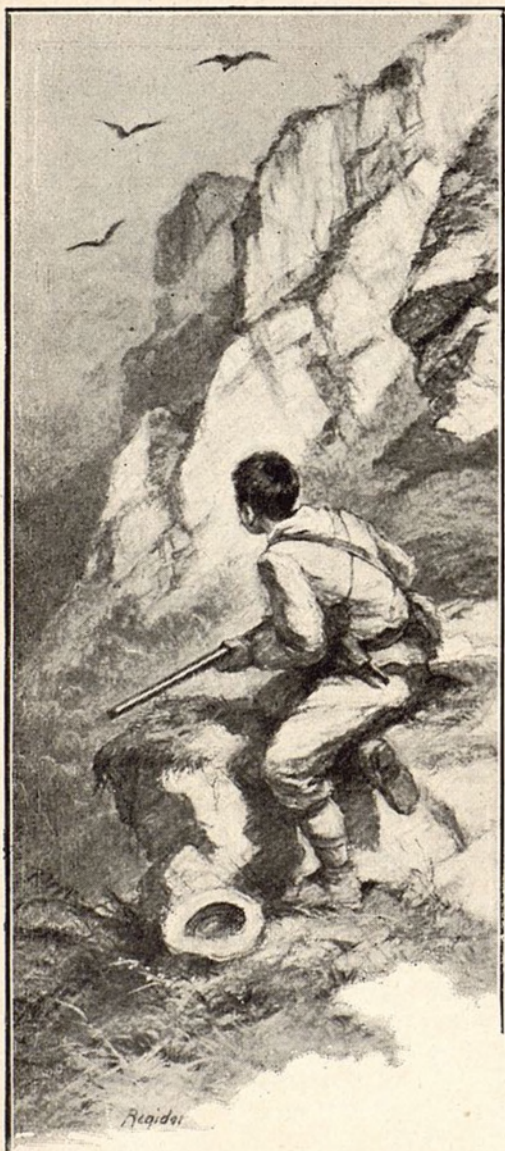
(*Concluirá.*)

EN LAS RIBERAS DEL BOGOTÁ

Fragmentos de "Un viaje á los Andes" extractados del diario de un naturalista.

Día 11 de Enero.— Seguimos caminando por la ribera izquierda del río Bogotá. Yo hago más que aumentar mi herbario con algunas plantas raras y apuntar algunos datos y observaciones que me sugieren las rocas, los líquenes, los insectos y las aves. Después... nada. Nada si no es admirarme del paisaje que ante mis ojos se extiende. Mientras mis dos criados, en un rato de descanso, preparan la comida, cojo mi carabina y me dedico á vagar de un lado en otro. ¡Qué hermosa es la Naturaleza...! La soledad me rodea, y aquí, lejos de los hombres, no sólo son los pulmones los que absorben aire puro y sano. Parece también que en el alma entra una nueva y halagüeña brisa aventadora de mezquinas ideas. Absorto estoy en

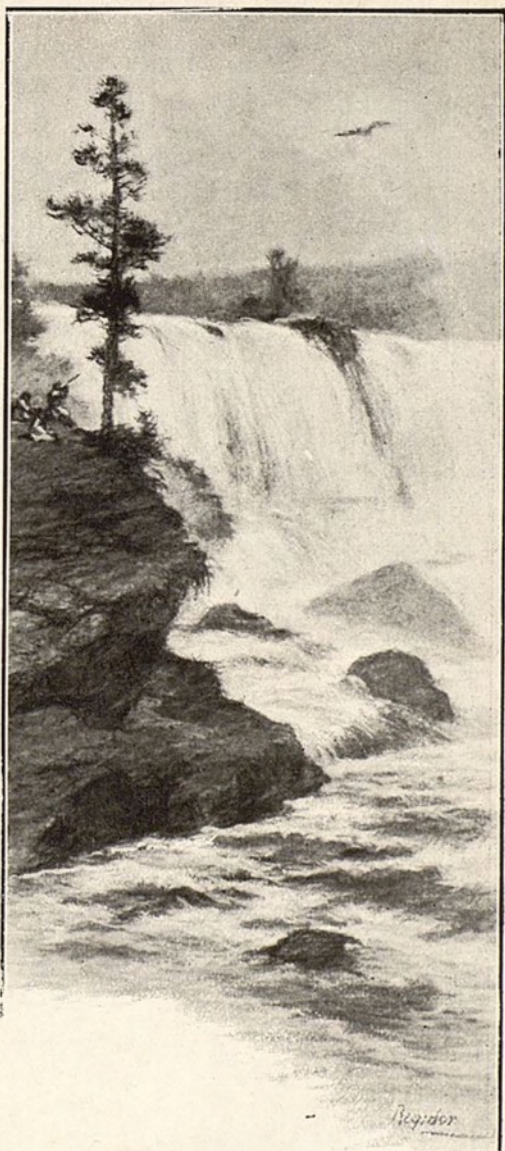
tales pensamientos, cuando, encima de unas peladas rocas, bajo las caricias del ardiente sol, veo tres condores que, hartos de carne putrefacta, duermen haciendo la digestión. Me echo la escopeta á la cara, disparo, y... los tres, ilesos, se elevan en el aire describiendo círculos cada vez más extensos. He sentido como si se burlaran de mí y me he



hecho el juramento de no dormir tranquilo hasta que mate á uno de ellos...

Día 14 de Encero.— Henos aquí encajonados entre dos hileras de altísimas rocas basálticas, con los oídos martirizados por el continuo rebramar del Bogotá que contra fuertes cantiles rompe inútilmente sus espumosas ondas. Sin duda alguna, me paseo por una región hecha, deshecha y rehecha por múltiples y espantosos cataclismos. El geólogo tiene aquí ancho campo para sus investigaciones. Ahora mismo, si quiero ver el cielo, tengo que alzar la vista para contemplar una franja azul, irregular y sinuosa. Bajo ella cruzan dos ó tres pajarracos: los malditos condores. ¡Si fueran más bajos...!

Día 16 de Encero.— Ya he llegado al término de mi viaje, que no es otro sino el formidable salto del Tequendama. Aquí, después de abandonar un laberinto de piedras y arbustos, el Bogotá cae entre nubes de líquido polvillo irisado á un precipicio de más de cien metros de profundidad. Cuando mi ensimismamiento es mayor, un condor se presenta ante mi vista. Disparo contra él y le alcanzo, pues se detiene bruscamente y empieza á descender dando furiosos alcazos. Mi deseo está satisfecho...



José A. LUENGO.



VERCINGETORIX DELANTE DE CESAR

Vercingetorix fué el jefe de la sublevación de las Galias, que por su larga duración excitó la cólera de César. Vencidos por fin los sublevados Vercingetorix se presentó ante el Emperador. Este, según cuentan los his

toriadores, no pudo contenerse ante quien le hizo perder su fama de invencible, y llegó hasta á insultarle Vercingetorix fué conducido á Roma cargado de cadenas, y estuvo seis años preso hasta que fué conducido al suplicio.



FABULAS ESCOGIDAS

EL OSO Y EL ELEFANTE

Quejábase el oso torpe
al elefante sagaz
de cierta contradicción
que no acertaba á explicar.
—¡Cuidado—exclamaba el pobre—
que raya en atrocidad
lo que los hombres exigen
de un infeliz animal!
A mí, que soy justamente
la misma formalidad,
¿no se empeñan los malditos
en obligarme á bailar?
Si saben que esas monadas
no son de mi natural,
¿por qué cuando ven que bailo
me silban sin caridad?
—También—dijo el elefante—
me enseñan á mí á danzar,
y á fe que tú no me ganas
á respetable y formal.
Y, sin embargo, de mí
nadie se ríe jamás;
antes aplaudir he visto
á todos mi habilidad,
admirando que una bestia
tan pesada y colosal
sepa mover diestramente
los cuatro pies á compás.
Conque sin hacerte burla
la gente fisona da,
no debe ser porque bailas,
sino porque bailas mal.

EL PERAL

A un peral una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.
Las almas nobles,
por el mal que les hacen
vuelven favores.

EL LEON Y LA LIEBRE

Cierto león solía,
por su bondad de genio,
tener con una liebre
sus ratos de recreo.
—¿Es verdad—preguntóle
la liebre en uno de ellos—
que un miserable gallo,
si empieza el cacareo,
os hace á los leones,
tímidos, ir huyendo?
—No tienes que dudarlo—
dijo el león sincero;—
lo mismo al elefante
le pasa con el cerdo,
que si oye su gruñido,
se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(preciso es conocerlo)
una flaqueza de éstas
por lo común tenemos.
—¿Sí?—replicó la liebre.—
Vamos, pues ya comprendo
por qué tenemos tanto
nosotras á los perros.

JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.



LAS BONDADES DE NINI

NLIX

El caso es que nos pusimos buenas; pero las tontas de las chicas aquellas dijeron que ya no se *ajuntaban* conmigo... que soy muy mala... que por poco las mato... y qué sé yo qué, y qué sé yo cuantos. Tanto me marearon que no tuve más remedio que darlas unas pocas bofetadas para que se callasen... ¿Creen ustedes que se callaron? ;Quia! Chillaron más todavía. La madre Rosario llegó, y dijo: —; Pero Nini! ;Eres la perturbación del colegio! Aunque te quiero mucho tengo que comprenderlo. ;Qué calamidad de niña! No hay más remedio que castigarte. Pero ya no te dejo sin postre, no sea que se te ocurra volver á *obsequiar* á tus compañeras... con una indignación; ahora te vas á pasar la tarde en el cuarto ropero.

—; Pues vaya una diversión!

—¿Y para qué has pegado á las niñas?

—Porque dicen que no se *ajuntan* conmigo...

—Te tienen miedo, ;eres tan mala...! ;Ea, al cuarto ropero...!

—; No quiero...!

—Sí, ahora mismito, en castigo de lo que has hecho...

Por no armar más jaleo me callé y fui al cuarto ropero; la madre Rosario echó la llave y me quedé sola... Empecé á pensar... ¿lloraré...? ;no lloraré...? ;lloraré...? ;Vaya, pues no lloro! ;Eso quisieran esas tontas! Aquí no me van á tener muchos años, porque yo tengo que comer... y que beber... y que dormir... y otra porción de cosas—seguí yo pensando.—Bueno, pues entonces es cosa de ver si me divierto mientras estoy aquí. Y me puse á mirar por el cuarto.

¡Qué arregladitas son las monjas! ¡Da gusto ver los estantes que tienen con toda la ropa! No crean ustedes, que hasta hacen dibujos muy preciosos con las toallas, y las sábanas, y la ropa de los altares, y las servilletas... Me estuve casi con la boca abierta mirando aquellas preciosidades... ¡Cuidado que hace lindo! ¡Y tan fácil como debe ser! ¡Sí, de seguro es muy fácil...! ¡Hombre, ya se me ocurre entretenimiento! ¡Ya no me aburriré! Voy á inventar otros dibujos aún más bonitos, y á arreglar estas tablas mucho mejor que las monjas... ¡Ajajá! Tira de aquí, tira de allí, al fin saqué todas las cosas de su sitio y desocupé las tablas del estante; pero me costó trabajo, no crean ustedes. ¡Qué montón de ropa se armó en el suelo! ¡Qué atrocidad de alto! Fuí y me subí encima para ver si acertaba á hacer dibujos preciosos... ¡quia! no me salían. Cuando estaba arriba, pensé: ¿Si me caeré desde aquí como desde el árbol? ¡Ah, bueno! ¡Pues no me importa! Como hay tanta ropa debajo estará blandito y no me abriré la cabeza. ¿Pero cómo harán las monjas estos dibujos que á mí no me salen? ¡Y eche usted toallas, y servilletas, y sábanas, y almohadas que tienen! Estuve así mucho rato y, como no acerté á colocarlo de una manera bonita, me cansé, y dije: “¡Ea, Nini! ¡Más vale que te echés á dormir la siesta! Encima de este montón de ropa se estará muy bien.” Y me eché.

.....
¡Anda, salero! Me acuesto encima de un gran montón de ropa y me despierto en la cama. ¡Esto sí que está bueno! Resulta que entró la madre Rosario á sacarme del encierro y se encontró con que estaba dormida; me cogió en brazos y me llevó á la cama; ¡pero flojita regañeta me echó porque la había quitado las ropas de su sitio! Está visto que por todo me regañan. ¡Qué gente, señor, qué gente!

Al fin todo se pasó, y yo me puse á trabajar muchísimo. Pronto será el santo de mi mamá y las monjitas han dicho que la haga alguna labor. La estoy haciendo una alfombra para que ponga los pies cuando se baje de la cama. La alfombra es de una tela de agujeros gordos, y luego se hacen unos dibujos muy preciosos con estambres de colores. ¡Y se hace en seguidita! Cada puntada es una cruz, y nada más; y así, con cruces y cruces y cruces... pues me está resultando una alfombra como las que venden en las alfombrerías.

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





ESPAÑOLES ILUSTRES

JUAN SEBASTIAN DE ELCANO

El capitán Juan Sebastian de Elcano, que fué quien dió la primera vuelta al mundo, comprobó la esfericidad de la tierra, la existencia de los antípodas, dilató al mismo tiempo el conocimiento de la geografía, abriendo un campo inmenso á la ambición de los conquistadores y á las investigaciones de los sabios, nació en Guetaria. De sus primeros pasos por el mundo nada sabemos hasta que, preparando Hernando Magallanes la expedición que había propuesto para ir á la India por otro camino del que hallaron los portugueses, se nombró á Elcano maestro de la nao *Concepción*, una de las cinco de que se componía la armada. El 27 de Septiembre de 1519, después de reconocer prolijamente toda la costa meridional del Nuevo Mundo, avistaron el famoso Estrecho que tomó el nombre de Magallanes; embocaronle el 20 de Octubre de 1520, y salieron el 2 de Diciembre á

Ayuntamiento de Madrid

la mar del Sur, que por primera vez contempló sobre sus aguas las naves europeas. Siguen la ruta emprendida descubriendo nuevas tierras, reduciendo á algunos indígenas y sometiendo á la obediencia del Emperador á los pueblos. Una inexperiencia y falta de tacto de Magallanes fué causa de su muerte, ocurrida el 27 de Abril de 1521, y de que la tripulación eligiera entonces por su sucesor y capitán á Juan López Casaballo, portugués, que á poco le depuso por su mala conducta, y nombró en su lugar á Elcano, quien, tomando rumbo á las Molucas, adonde no habían querido ir sus antecesores, hizo puerto en Tidore en Diciembre de aquel año, ganó la amistad de sus reyezuelos, cargó de especería las dos únicas naos que le quedaban, y dejando á la *Trinidad*, que no podía seguir su viaje, salió con la *Victoria* el 21 de Abril de 1522, y navegando por el Cabo de Buena Esperanza, entró en Sanlúcar el 8 de Septiembre, con sólo 17 hombres, triunfante y glorioso.

Llegado á Sevilla partió para Valladolid, donde presentó al Emperador los indios que traía, los regalos de sus reyes, pájaros raros, producciones exquisitas, y más que todo las preciosas especerías adquiridas por los españoles. Su Majestad Cesárea, contenta y satisfecha, le concedió una pensión vitalicia de 200 ducados anuales y un escudo de nobleza cimerado por un mundo con este lema: *Primus circum de diste me*. De resultas de este viaje suscitaron cuestiones de soberanía sobre las Molucas al rey de Castilla sus vecinos los portugueses. A las conferencias que motivaron fué de parte del Emperador el afortunado piloto y descubridor, y en ellas hizo tan buen papel, que con su habilidad sofocó la razón de los lusitanos, sentenciando en 1524 á favor de Carlos.

En 1525, el 24 de Julio, partió con la nueva expedición que iba á las Molucas, por el estrecho de Magallanes, á las órdenes de Loaysa en calidad de asesor y segundo jefe.

En las costas del Brasil una horrorosa tormenta dividió la flota, que se componía de siete naves, siguiendo Elcano con el grueso de ella hacia el Cabo de las Vírgenes, en el que otra tempestad les batió destruyendo la nao *Sancti Spiritus*, por él regida, la cual tuvo que abandonar después de verla perdida. Al fin, tras largos y desventurados esfuerzos, logró desembocar el Estrecho el 26 de Mayo de 1526 y dar con el Pacífico cuando las enfermedades y escasez de víveres causaban irreparables pérdidas de gente y caballeros, falleciendo de ellos el almirante Loaysa, que dejó de existir el 30 de Julio del año citado, días antes del que le sucedió, en virtud de una provisión secreta del Emperador, que no era otro que Elcano, quien gozó poco del mando y del júbilo de sus gentes porque cinco días después terminó también él su gloriosa carrera el 4 de Agosto de 1526.

Su mérito no hace falta encarecerle. Dió gloria á su patria, al saber del hombre y honra á la humanidad entera. Su nombre y fama es universal

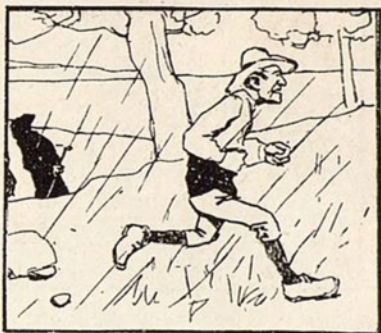
ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

Ayuntamiento de Madrid

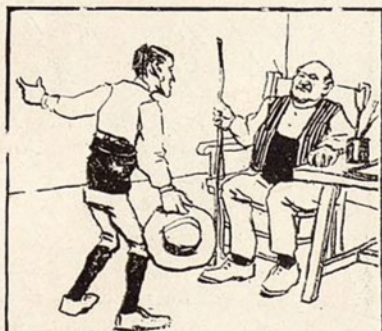
MOROS EN LA COSTA



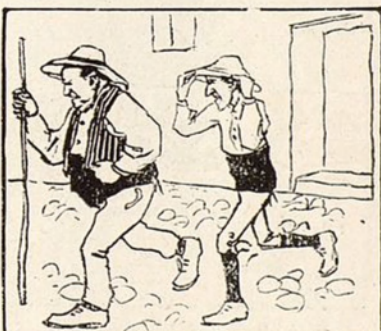
El secretario del Ayuntamiento de Villatinta vió á dos moros rondando por las cercanías.



Y corrió apresuradamente á comunicar al alcalde tan terrible noticia.



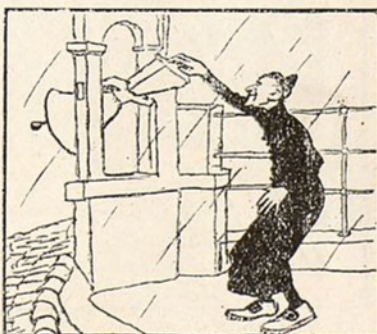
—¿Es posible?—le dijo el alcalde.
—Lo que usted oye!
—¿Pues hay que hacer algo!



Decidieron, ante todo, decirse al señor cura y pedirle su consejo.



—¡No es posible!—les contestó.
—¡Estoy segurísimo!—repuso el secretario.



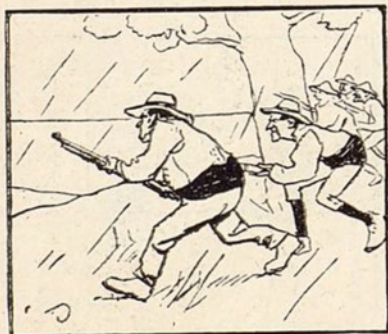
Usando de su autoridad el alcalde, obligó al sacristán á subir al campanario y tocar á rebato.



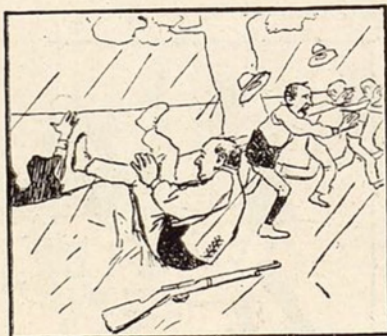
Y ya reunidos los vecinos ante su presencia, les pronunció un patriótico discurso.



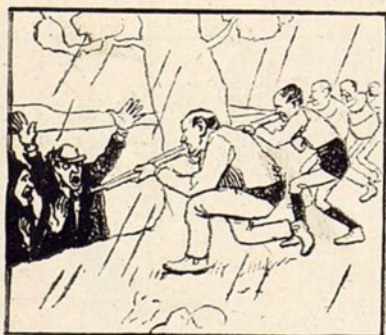
Todos se apresuraron á seguirle, armados, para cazar al enemigo donde le encontrarán.



Busca por aquí, busca por allá ¡y nada...! Los moros no parecían.



Hasta que, por fin, los divisaron. La primera impresión fué un poco fuerte.



Pero se repusieron pronto, y ya se disponían á exterminarlos cuando vieron que los moros



eran el médico y el boticario que llevaban impermeable... ¡Menudo susto!